

**Enrique Bernárdez: *El lenguaje como cultura*.
Madrid, Alianza, 2008. 519 páginas.
ISBN: 978-84-206-6848-2**

La consolidación del inglés como *lingua franca* a nivel internacional y la coexistencia de diversas lenguas dentro de una misma comunidad a menudo genera conflictos, tanto a nivel individual como colectivo. Si, como suele ocurrir, la actividad política inevitablemente fomenta una lengua en detrimento de otras, ¿cuál elegir? Estas cuestiones están recibiendo cada vez mayor atención desde la ética y la filosofía política, como en el reciente libro de Van Parijs (2011), pero esas disciplinas requieren un trabajo previo sobre la materia en disputa, aquello que se fomenta o margina: la lengua y todo lo que viene con ella. Es por eso que la ética aplicada, si quiere abordar estas cuestiones, debe acercarse al trabajo de los lingüistas. Entre ellos, en nuestro entorno destaca especialmente Enrique Bernárdez, catedrático de Filología en la Universidad Complutense de Madrid, pues aunque sus obras versan sobre lingüística (destacan sus estudios y traducciones sobre el islandés), este autor últimamente se ha acercado a temas filosóficos, sobre la relación entre lenguaje, cognición y cultura.

La idea central del libro que reseñamos es, en palabras de su autor, que el lenguaje surge “de la cooperación entre innumerables individuos a lo largo de muchos milenios, empujados por la vida real y, muy especialmente, por lo más real de la vida: la cultura.” (21). Ese algo es una actividad que a lo largo de la historia del lenguaje humano se ha ido subdividiendo en usos monológicos hasta llegar a las lenguas escritas, en las que es posible ver el lenguaje como producto de la acción individual, con independencia de la interacción (148). La visión del lenguaje a la que Bernárdez se opone es aquella que lo ve como un fenómeno individual, monológico, con un sentido previo en la mente del locutor y destinado a un interlocutor que lo decodifique por medio de capacidades transmitidas genéticamente (124).

Por otro lado, Bernárdez define la cultura como un conjunto de *habitus* en el sentido de Bourdieu: “formas específicas, socialmente sancionadas, de hacer cosas” (268), de manera que dos culturas son distintas cuando tenemos dos *habitus* diferentes para cada actividad de importancia social. Esto parece sugerir que un individuo sólo podría tener propiamente una cultura, y que por lo tanto “lo normal es el monolingüismo”, pero no es el

caso. Muy al contrario: buena parte de este libro está dedicada a mostrar que lo normal es la diversidad cultural y la existencia de varias lenguas para cada cultura, lo que pone en cuestión por ejemplo conceptos tan extendidos como el de "lengua materna".

En el primer capítulo, Bernárdez lanza una mirada crítica sobre la actividad del lingüista y los desafíos a los que se enfrenta su disciplina en el actual contexto de globalización. Tal como describe el panorama, existe una presión muy grande para dotar de utilidad práctica inmediata a los resultados de la investigación científica, lo que provoca que la financiación será superior para la ciencia aplicada que para la investigación básica que en apariencia no tiene rentabilidad a corto plazo. Sumado a la idea de explicación al estilo de las ciencias duras, esto alimenta la tendencia actual de restringir el espacio de las humanidades como disciplinas superfluas, inútiles, aparentemente incapaces de servir a los objetos económicos y productivos de la sociedad moderna. También sucede con los estudios del lenguaje, que la inmensa mayoría de la gente ve como algo más bien superfluo porque "todos lo sabemos todo" (41) sobre el lenguaje debido al uso constante que hacemos de él.

En el capítulo 2, Bernárdez continúa su crítica a las teorías lingüísticas que imitan el modelo de explicación única de las ciencias duras (y que ni siquiera sirve en biología: 39), en particular al planteamiento chomskiano que define el lenguaje como "un código en el que se conforman los pensamientos" (125). Esa manera de ver el lenguaje depende de una tradición basada en "el lenguaje de las grandes autoridades" y los textos religiosos. Dentro de esa tradición, el lenguaje se entiende como algo hecho y terminado por un agente consciente y el lector es alguien que ha de buscar, descifrar y comprender el significado único pretendido por dicho agente. Pero Bernárdez explica que en realidad los textos no suelen tener forma definitiva ni un único autor, al menos si tenemos en cuenta el papel activo de los lectores en la construcción del significado (127). El lenguaje no surge en los textos, sino en situaciones cotidianas, en la interacción social; el texto y la individualización del lenguaje que supone es el resultado de un largo proceso histórico (160).

De esta manera, el libro avanza trenzando varios niveles de discurso sobre las lenguas y la cultura. Si en los dos primeros capítulos se habla mucho de lingüística, del tratamiento científico del lenguaje, en los tres siguientes se podría decir que el objeto es la "teoría folk", la experiencia cotidiana de la lengua. En este orden de ideas, el capítulo 3 examina la desigual cobertura por parte de los medios de noticias relacionadas con el lenguaje, y cómo está marcada por factores extralingüísticos (geopolíticos, de género, etc). Mediante varios ejemplos procedentes de la lengua *pirahã*, se ilustra el mal tratamiento de las noticias sobre len-

guaje en la prensa y la relación con la cultura: el lenguaje *pirahã* no es más primitivo que otros; puede expresar lo que esa cultura necesita para sus propósitos. Para comprender la cultura y el lenguaje *pirahã* debemos de dejar de interpretar sus conceptos y modos de articular la experiencia desde nuestra supuesta forma de ver única y válida (185). Así, a la crítica del innatismo y del apriorismo en lingüística, Bernárdez añade una crítica al universalismo abstracto, entendido como una interpretación de lo ajeno desde nuestros propios términos eurocéntricos. Asimismo, cuestiona la teoría de la relatividad lingüística de Sapir y Whorf que afirma que las características de la lengua determinan algunos aspectos de la cognición.

El capítulo 4 traslada el trabajo de campo a lugares más familiares: los relativos a la corrección lingüística en español. El interés social en el fenómeno de la corrección en el uso de la lengua queda de manifiesto en la proliferación de intervenciones en los medios de comunicación sobre el particular a cargo de expertos. Según Bernárdez, la posición del lingüista (en tanto profesional distinto del gramático o el académico) es que, como principio básico, en el uso del lenguaje no hay bien ni mal en términos propios sino como referencia a convenciones sociales. El referente de tales convenciones sociales sería la lengua estándar o normativa, pero esta cambia y evoluciona. Bernárdez niega la idea subyacente, esto es, que la lengua sólo sea correcta cuando no cambia, si la vida se adapta a ella y no a la inversa.

Bernárdez trata una diversidad de casos que tienen como denominador común el uso incorrecto del lenguaje motivado paradójicamente por un exceso de preocupación por la corrección lingüística. En realidad, la corrección lingüística encuentra su justificación cuando la lengua es entendida como un bien a preservar; es decir, en términos económicos, un capital. Naturalmente, se trata aquí de un capital inmaterial, y como el lenguaje es algo con lo que se identifica la comunidad de hablantes, cabría referirse a la lengua como capital simbólico. Siguiendo a Rossiland y Bourdieu, el autor utiliza un esquema socioeconómico para el análisis del lenguaje, en el que cabe identificar, junto al capital simbólico, un trabajo cultural (o simbólico) y un mercado cuyas mercancías (de valor variable) serían los productos de ese trabajo realizado con el lenguaje. Dentro de este esquema, la lengua estándar o normativa formaría el mejor conjunto de medios de producción de que dispone una comunidad lingüística, y sus productos serían los más valiosos. Desde este punto de vista se hace más comprensible todo lo que sucede con la lengua normativa ("la mejor lengua") y el interés por ajustar la producción lingüística a este estándar, pues es similar a lo que afecta a otros elementos de cualquier tipo de mercado. También explica la ten-

dencia histórica a la apropiación del lenguaje realmente existente por parte del grupo dominante y su transformación en lengua normativa.

Aprender una lengua es un fenómeno cultural gracias al cual categorizamos el mundo para poder interpretarlo; esto lo hacemos según la cosmovisión de cada cultura. El capítulo 5 aborda este interesante problema de la relación ente el lenguaje y la realidad objetiva que denota: "el lenguaje tiene la función, entre otras, de designar categorías. Dificilmente tendremos una categoría si no podemos designarla con una palabra o una serie de palabras" (240). El autor atribuye a esta circunstancia una de las más arraigadas ideas preconcebidas acerca del lenguaje: que las palabras corresponden a realidades objetivas, de la que se sigue el enorme poder del lenguaje para crear y transformar la realidad. "El lenguaje determina en buena medida nuestro comportamiento, *nuestra relación* con la realidad [o sea, no tanto la realidad en sí, sino nuestra manera de entenderla] y con los otros" (244, énfasis nuestro). Esta dimensión "creadora de realidad" del lenguaje tiene sus peligros, y en el capítulo 5 el autor los discierne al examinar los discursos de Hitler o Mussolini. Esto es debido a que la manipulación del lenguaje a nivel consciente e inconsciente está cargada de afectividad, hace creer que determinadas categorías son reales y llama a la acción. Bernárdez cuestiona también el concepto de "lengua materna", haciendo una diferencia entre lenguaje, como constructo teórico y abstracto, y la lengua concreta que aprendemos durante la infancia, con o sin la ayuda de la madre. Podemos aprender también varias lenguas en nuestro proceso de socialización independientemente de si nuestra madre lo habla o no. Uno puede hablar varias lenguas desde pequeño; en última instancia, es imposible distinguir la "lengua materna" de nadie, y menos aún relacionar la lengua principal con la hablada con la madre (267).

En realidad, el monolingüismo sólo es natural en grupos lingüísticos y culturales muy grandes; lo "normal" en la mayoría de lugares del mundo, incluida España, es alguna forma de plurilingüismo. Tras el régimen franquista y su intento de que el castellano fuera la lengua única, algunas personas todavía perciben el bilingüismo como una amenaza de la lengua X sobre la lengua Y. Pero, según Bernárdez, "las lenguas vernáculos no castellanas deberían ser aceptadas por todos sin problemas como una más de las muchas peculiaridades del Estado" (275). El problema del bilingüismo es que hay que elegir. Esta elección se hace de forma automática en algunos contextos, pero hay un cierto "vacío ético" sobre estas cuestiones, de manera que son habituales los miedos y prejuicios los que sesgan la elección. Bernárdez dedica páginas muy interesantes a la diversidad lingüística en la literatura, pues para un escritor la elección de lengua tiene una importancia fundamental.

Con todo, el problema de la elección siempre está ahí: cuando elegimos como preferente una lengua sobre otra, todavía tenemos que elegir entre el estándar y el dialecto o variedad local. Un escritor puede elegir trabajar en una lengua, aunque no sea la materna, ni siquiera la de su patria y eso ni quita ni pone valor artístico a su obra, que sigue siendo un fenómeno tan cultural como los demás.

El capítulo 5 (uno de los más largos de este extenso libro) concluye con una crítica a la forma común de comprender la evolución de las lenguas, tanto por parte de los hablantes como de los especialistas en la materia. Esta forma común de comprender la evolución de las lenguas radica en el establecimiento de una genealogía lingüística lineal que implica el desarrollo progresivo, desde una época temprana hasta la actualidad, de la lengua en cuestión, es decir, de la lengua individual. Esta visión lineal supone que la lengua individual se ha desarrollado a partir de antecedentes directos sin influencia y relación con ninguna otra lengua. Esta arraigada comprensión del problema estriba en una idea subyacente: la existencia de una correlación determinable entre una lengua nacional actual y la identidad nacional que dicha lengua proporciona a los hablantes de la misma. Esta visión surge como una delimitación política y territorial que parte del hecho equívoco de la inalterabilidad geográfica y lingüística. No obstante, según Bernárdez, es la misma historia de las lenguas la que muestra la falsedad de tal creencia. La historia interna muestra que las lenguas actuales han evolucionado en constante interacción entre ellas a partir de elementos extralingüísticos comunes que afectaron su desarrollo. Dicho de otra manera, para el autor, las lenguas siempre han formado parte de nichos ecológicos que incluyen diversos elementos que producen variaciones en las estructuras lingüísticas a partir de los usos y funciones que ésta cumple. La lengua, al igual que los demás fenómenos sociales, está sometida a la interrelación con otros grupos sociales y culturales, que pueden dejar sentir su influencia en forma de préstamos, pero también en la creación y desarrollo de formas comunes. (324)

Por último, en el capítulo sexto Bernárdez examina en diversas lenguas la conceptualización de la causalidad, las partes del cuerpo y las divinidades. Su análisis de estos conceptos le permite enlazar y compatibilizar, a la luz de una posición teórica que considera los fenómenos culturales como un subproducto evolutivo de las capacidades cognitivas, dos mecanismos cognitivos tan básicos como (a) la conceptualización metafórica y (b) la creación de conceptos integrados a partir de una serie de aspectos propios de las estructuras del mundo de la vida. Según Bernárdez, estos mecanismos apoyarían una confirmación de la hipótesis enunciada a lo largo de su libro y que puede ser formulada de

esta manera: la universalidad de un concepto que puede parecer universal está mediada por la cultura pero llega a formar parte del sistema cognitivo de los individuos. Precisamente, en base a esa línea general de trabajo, Bernárdez desarrolla una interpretación que hila elementos lingüísticos, culturales y sociales para mostrar que conceptos de gran importancia son en realidad expresiones de nuestra propia cognición que toma como base el desarrollo metafórico de los conceptos (a) pero siempre en constante relación con las formas socioculturalmente sancionadas de hacer algo (b).

Hay un séptimo capítulo, en el que Bernárdez replantea algunos de los temas anteriores desde el punto de vista de los avances en ciencia cognitiva. No lo trataremos aquí, porque sus propuestas vienen a ser variaciones sobre las del resto del libro, planteadas desde un campo en el que el autor no se siente tan cómodo. En cualquier caso, la tesis fundamental es que cuanto mejor conocemos la cultura mejor interpretamos el lenguaje, y viceversa. Bernárdez tiene en cuenta lo que sabemos sobre el origen del lenguaje y la cognición, pero interpreta esos datos científicos con una gran sensibilidad hacia la diversidad cultural y social de la vida humana. Esto le permite mantener una posición intermedia entre las teorías más constructivistas y las más naturalistas, entre aquellos que consideran que el lenguaje es algo puramente convencional y retórico, y aquellos que prestan más atención a sus aspectos universales (por decirlo en términos similares al viejo debate entre los sofistas y Platón).

La "permeabilidad al pormenor" (367) que muestra el autor a lo largo de todo el texto es uno de sus mayores alicientes, aunque esa misma abundancia de detalles puede hacernos perder el hilo argumental. Una lista no exhaustiva de los ejemplos analizados por Bernárdez incluye las diversas formas de expresar el tiempo, la distinción social en el uso de los pronombres de segunda persona, la inclusión del uso del artículo determinado, los conceptos que denotan causalidad, la expresión lingüística de las partes del cuerpo, los conceptos relacionados con dioses y divinidades, los colores, los días de la semana, etc.

Otro de los puntos que destaca el autor es el de la relación existente entre lenguaje y globalización. Según el autor, la globalización tiene como efectos perniciosos la decadencia y desaparición de muchos sistemas lingüístico-culturales con menor potencia económico-política, imponiendo culturas y lenguas dominantes, en este caso, la anglosajona. Se podría decir que estas críticas se basan en la denuncia de prácticas autoritarias más que en argumentos objetivos de carácter estrictamente lingüístico. (Por otra parte, si somos coherentes con la postura del autor, la lengua inglesa alberga muchos registros distintos,

y tampoco podemos olvidar que esta lengua ha sido la cuna de grandes figuras literarias, tales como Shakespeare, Whitman, Wilde, etc.)

Mientras nos advierte de los peligros latentes de destrucción de diversidad cultural y de la imposición de la lengua inglesa como requisito para el desarrollo de la ciencia, la investigación y la sociedad, Bernárdez crítica mitos como el del innatismo, el de la pureza de las lenguas, el de la naturalidad del monolingüismo, etc., indagando "hasta qué punto la cultura puede influir directamente sobre las posibilidades y preferencias de expresión lingüística, es decir, sobre el lenguaje, e incluso sobre la cognición" (191). No podemos pedir a este libro recetas o soluciones fáciles a los múltiples dilemas que plantea, pues no se trata de un manual, sino más bien de un ensayo extenso. El peligro estaría más bien en que la intención de hacer ágil y amena la lectura pueda restar rigor a una obra que pretende ser más que divulgativa. Por otro lado, el recorrido histórico que hace Bernárdez en su libro resulta parco, ya que su análisis se concentra en la evolución de las lenguas europeas del Medievo a la actualidad. No podemos olvidar que el lenguaje lleva evolucionando desde hace más de 30.000 años, si bien la falta de arqueología lingüística hace imposible determinar cómo fueron esos orígenes ya que desconocemos muchas cosas sobre la cultura y formas de relación de épocas pasadas donde no existía la escritura.

Al abordar la relación existente entre lenguaje, cultura y cognición, la obra de Bernárdez tiene implícita la pregunta *¿qué y cómo es el ser humano?* Aunque presenta inicialmente al ser humano como un producto colectivo y social, esta pregunta antropológica obtendrá una respuesta distinta de lo que es el ser humano dependiendo desde la perspectiva que se quiera investigar. En general, el autor toma partido por una lingüística que es al tiempo una disciplina y una corriente, la sociolingüística, y como toda corriente tiene limitaciones y presupuestos. A veces parece que el lenguaje del libro se le presente al lector a través de un discurso estructurado en varios niveles (cultural, lingüístico, sociológico, filosófico) que puede empantanar una comprensión más fuerte del interesante pero problemático tema que concierne al "lenguaje como cultura". A pesar de que Bernárdez se remite continuamente a un corpus teórico proveniente de distintas disciplinas, a veces no vemos en su desarrollo del problema un conjunto de argumentos completamente definidos que le permita, por un lado, hilar los hallazgos que en repetidas ocasiones presenta al lector; y por otro lado, proyectar una sensación de seguridad en el lector.

Por ejemplo: en las primeras páginas del primer capítulo, dedicado a la situación actual de la lingüística teórica, Bernárdez acude a la categoría de *habitus* de Bourdieu para explicar la manera en que las metáforas son productos de la so-

ciudad y la cultura que se transmiten individualmente de una generación a la siguiente, integrándose cognitivamente de forma que los miembros del grupo en cuestión funcionan con ella inconscientemente (56). De esa manera, Bernárdez da cuenta de las metáforas como principios o directrices y no como simples expresiones lingüísticas. Pero la categoría de *habitus*, tal y como Bourdieu la define en su obra, expresa una condición de reflexibilidad del sujeto cognoscente con respecto al campo de disputa de capital del cual proviene, es decir, el *habitus* en tanto estructura-estructurante-estructuradora habilita al agente para reflexionar, cuestionar o reforzar las estructuras sociales que se le imponen. Según el mismo Bourdieu, el *habitus* en tanto categoría analítica requiere necesariamente para su reconstrucción histórica del campo de disputa del cual hace parte, esto es: de la red de relaciones objetivamente definidas que lo posiciona y legitima. Si es cierto, siguiendo a Bernárdez, que con las metáforas sucede lo mismo que con el *habitus*, en tanto ambos son productos de la sociedad y la cultura, este libro nos invita a profundizar estudiando la manera en que las metáforas funcionan como dispositivos culturales que de una u otra forma organizan las estructuras de nuestra subjetividad.

Con todo, el uso de un registro no excesivamente técnico por parte del autor hace que este sea un libro de fácil lectura para los no especialistas en lingüística, sumamente estimulante e informativo. El texto está lleno de ideas y ejemplos que pueden llamar la atención de especialistas tanto del área de la lingüística como de otros campos tales como filosofía de la cultura, la estética, la ética aplicada, etc. Podemos destacar además su carácter crítico abierto, que acoge un amplio rango de interpretaciones, así como numerosos ejemplos prácticos, que no hacen otra cosa que introducirnos de lleno en un tema tan actual como fascinante.

Referencias

Van Parijs, Philippe. 2001. *Linguistic Justice for Europe and for the World*. Oxford, Oxford University Press.

Bárbara Jiménez, Jone Mendizabal, Susana Carapia, Mertxe Izaguirre, Jaime Otavo, David Pizarro, David Moreno, Jesús Villaro, Andoni Olariaga, Enrique Navarro, Antonio Casado

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)